

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JUNIO—NÚM. 14 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro, mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

**Diversidad de las plantas**, por M. Strum.—**Las hermanas de la caridad**, poesia, por M. P. de F.—**Pobreza y felicidad**, por Maria del Pilar Sinués.—**La pendiente del abismo**, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Ofrenda á la Virgen**, por R. P.—**Seccion doctrinal**, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## HISTORIA NATURAL.

### DIVERSIDAD DE LAS PLANTAS.

Después del estudio de la religion, no hay otro mas interesante, mas delicioso, ni mas digno del hombre que el de la naturaleza. En efecto, la naturaleza le ofrece maravillas á cada paso, se le manifiesta bajo mil formas agradables, y se descubre á sus ojos con todos sus atractivos: Verla, admirarla, seguirla paso á paso, asombrarse de la sabiduría, de la sencillez y fecundidad que reina en ella; en suma, estudiar, aprender y saber: he aquí lo que nos presenta. Por donde quiera que vamos en la primavera,

vemos nuevas flores, plantas desconocidas, y por ellas habla la naturaleza á todos nuestros sentidos.

Antes de dejar el reino vegetal volveré á considerar los maravillosos fenómenos que me ha presentado, examinándolos bajo nuevos aspectos, á fin de realzar mas las sublimes ideas que me ha hecho concebir del Criador, y los afectos de gratitud que las señales de una bondad tan pródiga han exitado en mi corazon.

Una de las cosas que mas debemos admirar en esta bella porcion del dominio de la naturaleza, es la grande variedad que se advierte entre las diferentes clases que la componen. Ellas se diversifican con respecto á sus partes, á su generacion, á sus propiedades y virtudes.

El modo con que se ejecuta la fructificacion en ciertas plantas, es todavia muy oscuro. Cási no se sabe, por ejemplo, como se hace en los musgos, los hongos y los helechos (1).

(1) En el dia hay ya noticias mas exactas sobre la generacion de las plantas criptógamas, como entre otros naturalistas la han hecho ver Hedwigio, Smith y Bulliard. Esta ha manifestado que los hongos tienen fibras, vasos, raices, órganos sexuales y semillas: que estas, como en los demás vegetales, varían en el número, formas é insercion, y que la fecundacion se hace por el concurso de los sexos.



Hay plantas que ofrecen notables singularidades: se ven flores sin corola, y se notan algunas, del medio de las cuales salen otras flores. Ciertas plantas, llamadas adormideras, toman al acercarse la noche, una situación diferente de la que tenían por el día; otras se vuelven de cara al sol; y algunas se retiran y se encogen cuando se les toca. Hay flores que se abren y se cierran según el tiempo que hace ó á determinadas horas. Unas, como el tabaco y la albahaca, son anuales en nuestros climas y de mucha duración en los países calientes, de donde son nativas. Algunas brotan, florecen, dan fruto y pierden sus hojas antes que otras; pero todas son en su origen silvestres, es decir, que nacen por sí mismas y sin cultivo.

También se diferencian las plantas relativamente á los lugares en que crecen con preferencia. (2) El Criador ha señalado á todas un clima conveniente á su naturaleza y á sus fines, y en él es donde adquieren la perfección que le es propia. Mas las exóticas pueden naturalizarse entre nosotros, con tal que se cuide de procurarles un grado de calor proporcionado á su constitución.

Lo que encanta mas que todo nuestra vista, son las formas tan variadas de los vegetales. Compárense las especies mas perfectas con las que lo son menos, y no podrá dejarse de admirar la asombrosa diferencia de modelos, sobre que trabaja la naturaleza en el reino vegetal. Pasamos con sorpresa de la criadilla de tierra á la sensitiva: del hongo al clavel, del trémula nostoc al rosál, del musgo al guindo, de la ceta á la encina, del muérdago al naranjo. Recorramos también la escala de los vegetales en sus mismas especies. ¡Que eslabones tan diversos desde la yerba que crece entre las piedras hasta esta planta saludable á quien debemos el alimento mas sano y mas necesario; desde la hiedra hasta la vid, cuyos racimos nos suministran una be-

Las plantas criptógamas semi vasculares, como las equisetáceas, los helechos, etc., tienen vasos y una especie de raíz y tallo ó fronde, así como indicios de órganos sexuales, unos que producen los esporos y otros parecidos á los masculinos de las plantas vasculares; pero las criptógamas, celulares, líquenes, hongos, etc., no presentan diferencia marcada en lo que podría llamarse tallo ó raíz, no hay distinción de sexos ni indicios de fecundación; solamente se encuentran esporos, sin distinguirse claramente el órgano que los produce.

(2) En efecto, las plantas prefieren unos lugares mas que otros, y á estos se debe que los botánicos hayan considerado el globo dividido en regiones por las plantas que crecen naturalmente en cada una de ellas; y el estudio de las leyes que se observan en su distribución constituye la *geografía botánica*.

bida tan grata; desde el ciruelo silvestre hasta el majestuoso roble.

Una cosa bien admirable en las obras de la naturaleza es, que se halla la mas perfecta armonía junta con la mayor variedad. Todas las plantas desde el hisopo que crece en nuestros jardines, hasta el cedro que es la gloria del Líbano, tienen las mismas partes esenciales. Una yerbecilla es también una planta, como la rosa mas bella; y esta no lo es menos que la encina mas corpulenta. Todas pertenecen á una misma monarquía; todas siguen las propias leyes generales de crecer, de propagarse y multiplicarse; y no obstante es distinta cada especie. Entre los millares de plantas, ninguna hay que no tenga su carácter, sus propiedades su modo de nutrirse, de crecer y perpetuarse: y que inagotables riquezas no se descubren aquí en las formas, en los colores, y en las proporciones!

La achicoria, como el cedro, crece en lugares áridos y elevados. Su hoja es ancha y carnosa, para que extendiéndose sobre la tierra no tenga que temer á los vientos: está recortada profundamente en dientes á manera de sierra, para dar paso á las gramíneas que cubre, los cuales se doblan hácia dentro para recibir las aguas de la lluvia y llevarlas á la raíz. Así es como la naturaleza proporciona los medios necesarios á cada planta, y redobla su atención para con las mas débiles. El receptáculo de que penden las semillas de la achicoria está formado con mas artificio que la piña del cedro, y es mucho mas ligero. En efecto, solo una tempestad puede llevar á gran distancia la semilla del cedro; cuando basta el blando zéfiro para sembrar la de la achicoria. Se necesita un Líbano para plantar el primero, y para la segunda es suficiente cualquier montecillo de tierra. Este pequeño vegetal es también mucho mas útil que no el cedro; pues sirve para el mantenimiento de muchos cuadrúpedos y avecillas que se sustentan de su semilla: es además muy saludable al hombre, especialmente en la primavera; (3) y así nace donde quiera, en los lugares secos y hasta en los intervalos de un empedrado. Sus doradas flores esmaltan agradablemente el contorno de las paredes, y su vilano adornado de pelos y sostenido de un largo piececillo, hace un gracioso contraste con lo verdoso del cáliz en cuyo centro está colocado.

M. STURM.

(3) En Alemania secan las raíces, que reducen á polvo, mezclan perfectamente con dos partes de café una de estos polvos de achicoria, y resulta una bebida muy fuerte, que se tiene por mas saludable que la del café solo.



## À LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

¡Sublime institucion! bendita seas:

Yo admiro tu nobleza y tu desvelo,  
Que es la bandera que orgullosa ondeas  
De caridad, de paz y de consuelo.

Bendecidas por Dios vais por el mundo  
De los mortales enjugando el llanto,  
Y dando alivio á su dolor profundo  
Con vuestro acento de amoroso encanto,

De vosotras la humilde vestidura  
Flota en el campo de la horrible guerra,  
Y es el cendal del ángel de ternura  
Que cubre al hombre que sus ojos cierra.

Del mundanal amor las ilusiones  
No arrancan de sus ojos triste llanto,  
Y da Dios á sus tiernos corazones  
De la maternidad el amor santo.

Ellas llenan de besos y cariños,  
Y hasta adormecen en su puro seno  
Los desgraciados é inocentes niños,  
Miseró fruto del amor ageno.

No tienen patria, con afán vehemente  
Dejan la dulce paz de sus hogares,  
Para ejercer su caridad ardiente  
Del otro lado de los anchos mares.

Lágrimas que enjugar buscan tan solo,  
Que es de la caridad divino lema,  
Y van gozosas al nevado polo  
Y al ardiente ecuador donde el sol quema.

Y con la caridad siempre en el alma,  
Mirando con horror el egoismo,  
Quieren tan solo merecer la palma  
De la virtud llevada al heroismo.

¡Hermosa caridad! tu clara fuente  
Nunca vierte sus aguas gota á gota,  
Sino cual de los mares la corriente,  
Cuyo inmenso raudal nunca se agota.

Al alma fecundiza y no la anega,  
Pues se ostenta mas bella y mas lozana  
Que la azucena que la aurora riega  
Sus hojas desplegando en la mañana.

Eres tambien un sol resplandeciente  
Como el que brilla en la mansion divina;  
Mas de tu luz no abrasa el rayo ardiente,  
Que da al alma vigor y la ilumina.

De todas las virtudes la primera,  
Hermosa caridad, sin duda eres;  
Feliz la que se acoja á tu bandera,  
Pues en ángeles torna á las mujeres.

M. P. de F.

## POBREZA Y FELICIDAD.

Hubo una época en que por circunstancias imprevistas, me sucedió tener que mezclarme á los poderosos del mundo, es decir, á lo que se llama *la alta clase*: acababa de pasar algunos meses en un espléndido castillo y en el seno de la opulencia, cuyas ventajas habia disfrutado, sin tener que soportar ninguno de sus enojos ni de sus cargas; tuve, por fin, que dejar á mis ilustres huéspedes, y resolví ir á buscar la estacion del ferro-carril que conduce á la ciudad, sola y á modo de paseo, pues la magnífica morada que me habia dado asilo se hallaba á muy poca distancia.

Preocupada por tristes pensamientos caminaba con lentitud y distraccion; en otro tiempo hubiérame yo tenido por feliz andando así libremente sin equipaje ni cuidado alguno, aspirando á pulmones llenos el aire y los perfumes de los campos; pero los contrastes son cosa muy



peligrosa, y yo comparaba mi presente, tan mezquino, al espléndido pasado, tan próximo todavía, y en el que había hallado tantos goces y tan pocos trabajos; mi filosofía habitual no me servía de nada, caminaba abatida y triste á través de los campos, echando de menos con pesar la senda florida que dejaba tras de mí en la vida que era la mía, y que no podía seguir.

Sin embargo, yo sabía que debía volver á mi casa, las condiciones de existencia en las cuales iba á entrar de nuevo, eran las condiciones ordinarias; ninguna desgracia me amenazaba, ninguna decepcion había venido á sorprenderme; yo volvía á tomar mi ruta donde la había dejado, pero tenía en la mano la balanza de mi vida, y, ¡ay de mí! no podía igualar el peso de la razon al de las ilusiones; yo no veía delante de mí otra cosa que ese triste conjunto de penas, de contradicciones, de nuevos sufrimientos, que parecían ser el lote de mi vida.

En efecto, cierto aspecto de la existencia, considerado por sí solo, y fuera de las ideas elevadas y de los goces intelectuales, presenta su lado repugnante; mas ¿por qué mirar sólo un lado cuando tenemos otros? porque todos tenemos un poco de locos y de verdugos de nosotros mismos.

Era por la mañana: caminaba yo por una senda que llevaba á la estacion del ferro-carril, esta estacion era la única voz que hablaba del mundo á los habitantes de aquellos lugares; el país era pobre, pero sin duda que en él hacían falta pocas cosas, y que estas pocas se encontraban en él: yo miraba con tristeza aquellas casitas blancas, aquellos techos de paja, aquellos jardinillos sin cerradura, sin simetría, sin gusto; aquellos campos, en los que la vista se perdía, y que debían regar los hombres con su sudor para sacar únicamente lo preciso con que sostener su fatigosa existencia, y compadecía á esos hombres, tanto más, cuanto que mis deseos se habían ensanchado y que me parecía imposible vivir fuera de ciertas condiciones de bienestar que la Providencia no ha deparado sino á muy escaso número.

Nadie me seguía ni nadie me esperaba, y me hallaba precisamente en esa independencia que dispone á recibir las impresiones durables; pensaba caminar hacia la estacion, y me engañaba, caminaba hacia mi curacion.

El sol, moderando sus fuegos y velando su poder, doraba la majestuosa campiña; los bosques lejanos se asemejaban á grandes cortinas de un verde oscuro, extendidas sobre el horizonte; un hilo de agua azulada viajaba entre dos riberas

esmaltadas de florecillas, que solo le pedían el que pasara siempre tranquila; un cielo puro reflejaba su paz sobre la bella naturaleza, y yo sufría, sin sospecharlo, una influencia extraña que me predisponía á los pensamientos sanos.

Una niña que podría contar diez años se hallaba sentada al lado del sendero, y á cincuenta pasos de un grupo de hombres y mujeres, que trabajaban con el cuerpo inclinado hacia el suelo.

—Buenos días, señora, me dijo separando con sus dos manos sus cabellos rubios para verme mejor.

—Buenos días, hija mía, le contesté; ¿qué haces aquí?

—Mirad; guardar la bebida para cuando tengan sed los que aquí trabajan; á la sombra se está muy bien, dijo la niña con un acento dulce, que lejos de anunciar ninguna rusticidad, era de una suprema gracia.

Yo deseaba hablar, y le hice algunas preguntas á las que me respondió con tanta ingenuidad que encantaba oirla.

—¿Cómo te llamas? le dije, sentándome á su lado para reposar un poco.

—Dionisia, señora.

Una línea negra pasó en este instante por delante de mis ojos, una línea negra mezclada de fuego, que volaba más bien, que corría: era el tren que yo iba á tomar, y que no tenía deseo ninguno de alcanzar. Dionisia, acostumbrada á ver correr las gentes para llegar á tiempo, creyó deberme indicar un camino que, conduciendo mas directamente á la estacion, facilitara mi partida; la niña estaba tan enterada de todo lo que concernía al ferro-carril, como si ella misma hubiera formado parte del consejo de administracion; aquella inmensa máquina que suspiraba todos los días delante de ella á una hora fija, aquel humo, aquellas llamas, aquel todo, habían hecho en su cerebro una impresion tanto mas profunda, cuanto todas sus demás impresiones eran sencillas y monótonas; yo no me sentía atraída de modo alguno hacia el sendero de travesía que la niña me indicaba, sino hacia ella misma; mi espíritu, que poco antes tocaba al desaliento, se sentía dulcemente inclinado hacia aquel infantil y apacible ser, tan inofensivo, tan tranquilo y tan consolador.

Era su voz para mí, al volver del gran mundo, como un solo de oboe que responde al coro de una orquesta brillante; en tanto que ella me hablaba, miraba yo con aire serio sus vestidos miserables, su cabellera hermosa y abundante, pero muy mal cuidada, sus manecitas morbídas y



encantadoras, pero morenas como el sol, y á través de este descuido, y como contrastando con el atecismo que me habia rodeado, veia sus hermosos ojos de un azul oscuro, mirándome con una curiosidad franca y verdaderamente divertida; veia que yo ocupaba un gran lugar en la atencion de la niña, y que mi presencia era de alta importancia para ella; pero que recibia de aquella criatura mucho mas que le daba, una instruccion y un reproche por mi culpable tristeza de no ser rica.

—Esta niña tan pobre, pensaba yo, no es desgraciada; hállase en medio de la naturaleza como en su propio cuadro; su sonrisa no es ficticia; ninguna razon de conveniencia la trae sobre sus labios rosados, ¿acaso no será posible que nos engañemos cuando creemos necesaria tal ó cual condicion exterior de existencia?

Así filosofaba yo sentada al lado de Dionisia, con la cual hablaba sintiendo un placer infinito.

—¿Tienes padre, madre, hermanos, hermanas? le pregunté.

—Sí, señora, me respondió la niña; tengo de todo eso, y yo soy la mas pequeña; mirad, todos estan trabajando en ese campo, y yo he pedido venir tambien, porque me fastidia estar sola en casa.

(CONCLUIRA;)

Maria del Pilar Sinuéa.

## LA MADRE DEL SOLDADO,

¡Madre infeliz! En el hogar desierto,  
Donde nadie en sus penas la acompaña,  
Piensa en el hijo, cuya sangre acaso  
Enrojese los campos de batalla.  
Piensa en el hijo en que cifrara un día  
Su dicha, su cariño y su esperanza,

Y que inflexible suerte  
De sus amantes brazos arrebatara.

Una oracion dulcisima repite  
Ante un cuadro del Angel de la Guarda;  
¡El vele por el hijo infortunado  
Que continuos peligros amenazan!  
¡Depues, inmóvil, pálido el semblante,

La cabeza en las manos apoyada,

Deja su pensamiento

Correr en pos de cuanto anhela y ama.

En la senda que al pueblo da salida  
Con insistente afán los ojos clava,  
Imaginando en su febril delirio  
Que aún le dirige la postrer mirada,  
Ó que extinguida la sangrienta lucha,  
Que millares de víctimas reclama,

Un cantar entonando,

Lo mira descender de la montaña.

Y vuelve á meditar: ningún ruido

Viene á turbar tan inmutable calma;

Que la canora y tímida avecilla,

Que ni aún se agita en su prision cerrada,

Parece que comprende la tristeza

De aquel recinto donde todo calla,

Y viendo tal silencio

No halla tampoco un trino en su garganta.

La triste madre, el huerto solitario

Va luego á recorrer con débil planta;

Allí contempla el árbol, yá marchito,

Que el hijo ausente con amor cuidaba,

Y siente, al contemplarlo cada día,

Que hondo pesar, su corazón desgarrara:

¡Ella tambien es árbol

Al que otro sér para vivir le falta!

¡Dios quiera que si torna á sus hogares

El fiel soldado que llamó la patria,

No encuentre una reciente sepultura

Cuando busque una madre idolatrada!

¡Que de la paz el sacrosanto abrigo,

Termina al fin el odio y la venganza,

Y junte abrazo estrecho

De la madre y del hijo las dos almas!

Mercedes de Velilla.



## LA PENDIENTE DEL ABISMO

CONTINUACION.

Marta contaba con algunas horas de libertad. Su esposo no debía volver hasta el próximo día, y Enrique preocupado con su alegría y con el placer de estar al lado de Castro, ya libre de todo riesgo, permanecería algún tiempo aun fuera de casa, entregado á esas expansiones tan propias de la juventud.

Decidida, pues, á averiguar la verdad, con respecto á Mercedes, se vistió apresuradamente con un traje negro, cubrió su cabeza con una mantilla y salió á la calle resuelta á vencer todos los obstáculos que se opusieran á su deseo.

Sobre todo, necesitaba una orden del juez, para poder llegar hasta Mercedes, y esto fué lo primero que corrió á buscar.

Marta era una persona harto conocida; la posición de su esposo, su puesto de coronel en el ejército, y su nombre respetado de todos y sin una sola mancha, le abrían todas las puertas y le hacían que fuese mirado con respeto y consideración.

Esta consideración y este respeto se extendía á su hijo y á su esposa, y así es que esta fué recibida por el funcionario público con suma amabilidad y con suma deferencia.

Marta espuso su deseo: quería á toda costa hablar con Mercedes, quería llegar hasta ella sola y sin testigos, y este fué el favor que demandó al juez.

—Si V. se empeña, señora, respondió D. Rafael de Villamil, que era un hombre digno y bondadoso: si V. se empeña, puedo sin dificultad ceder á su ruego; pero ¿ha pensado V. en el paso que intenta dar?

—¡Oh! si señor: mi corazón me dice que la mujer que anoche señaló el señor de Castro á la justicia, poniéndola bajo el peso de la ley, es mas desgraciada que culpable, y yo tengo esperanzas de averiguar la causa de su silencio... mas aun, la persona que haya podido cometer el delito que pesa sobre ella.

—Efectivamente; hay seres que apesar de aparecer como culpables, llevan en sí algo que les justifica y que interesa en su favor: esto sucedió anoche, y yo bendeciré á Dios si me libra de tener que ser severo, y de descargar el brazo

de la justicia sobre una persona desgraciada.

—¡Oh! si ella declarara, si vencida por mis ruegos hallara el medio de justificarse!

—Inténtelo V., no me opongo; V. tiene un gran corazón, una gran bondad, y apesar de haber sufrido ese golpe en sus intereses, quiere probar el medio de salvar á la misma que la estafó; vaya V., vaya V. señora, y la Providencia le conceda lo que anhela. ¡Sería tan triste dictar una sentencia infamatoria sobre una mujer honrada!

D. Rafael estendió la orden y la puso en manos de Marta diciéndola al despedirla.

—Dios vaya con V., señora: á veces hay desgracias en la vida que pesan sobre una persona noble y leal, precipitándola en un abismo sin fondo; ¡quien sabe si esa infeliz es una de ellas! El magistrado nada podrá hacer en su favor, pues tendrá que obrar segun la ley, pero el corazón del hombre dará gracias al cielo, si puede hallar un medio de ejercer la clemencia en vez del rigor.

Marta saludó, y turbada y con el corazón latiendo con violencia, llegó á las puertas de la prisión donde jemía, desde la noche anterior, la infeliz y triste Mercedes.

El pecho de Marta se oprimió cuando despues de presentar la orden, la hicieron cruzar muchos pasillos, muchas estancias, sombrías como el crimen, y tristes como el porvenir de los que pasaban allí la vida.

¡Oh! cuanto debía haber sufrido Mercedes al pisar aquella mansion destinada para albergar el delito, y al respirar aquel ambiente infestado por los miasmas del vicio.

La puerta de la prisión en que habia pasado la noche, se abrió al fin para dar paso á Marta, y aquellas dos mujeres, tan puras, tan virtuosas, tan sublimes la una como la otra, se hallaron frente á frente, bajo aquellas bóvedas que las ahogaban y que pesaban sobre ellas mas que la losa de un sepulcro.

Mercedes estaba muy pálida; el insomnio y el dolor estaban marcados en aquel semblante, en que antes brillaba solo la resignación y el amor.

Marta, con la conciencia turbada por la acción que la noche pasada habia llevado á cabo, apenas podia tenerse de pié y doblaba la frente bajo un pensamiento abrumador, que sin saber porqué habia venido á posarse en ella.

Pensamiento terrible, angustioso, cruel: pensamiento que la hacia mirar en torno con espanto, como si aquellas paredes se estrecharan para encerrarla, como si aquellas puertas no hubieran de abrirse jamás para darla paso.



¡Oh! ¿sería de su esposo aquel dinero que ella había tomado furtivamente? ¡Y si era de otro! si por una de esas casualidades incomprensibles tenía que responder de él, tenía que devolverse-lo en una hora dada ¿no podría sucederle á ella lo mismo que acontecía á Mercedes? ¿no podía un juez inflexible pronunciar á su oído la palabra *robo* designándola con el dedo? ¿no podría quedar manchado en un día el nombre de su esposo, el de su hijo, aquel nombre ennoblecido con una vida entera de probidad, de heroísmo, de honradez?

¡Oh! esta idea aterró á Marta.

Esteban era uno de esos hombres severos y graves, que aman mucho á los suyos, que darian la vida por ellos, pero que reservan para sí solos el cuidado de los negocios, la direccion de sus asuntos.

En Enrique y en Marta, veía dos seres que era la mitad de su alma; pero en su modo especial de mirar las cosas, aquel amor ni excluía el respeto, ni provocaba la confianza.

¿Qué sabía, pues, Marta del estado de sus fondos? ¿qué sabía de la procedencia de aquella suma? Ella suponía que eran casi ricos, mediante sus necesidades y sus ingresos; pero por otra parte aquel dinero, aquel oro reunido allí, no parecía natural, pues Esteban le hubiera acaso invertido de algun modo, ha ser fruto de sus ahorros.

Estremecida, pues, ante esta duda que había sentido surgir en su mente en aquel instante mismo, la infortunada, contemplaba muda aquella otra desgracia, que mas dolorosa, mas sin esperanza, mas amarga, veía alzarse ante ella bajo la forma llorosa y abatida de la pobre Mercedes.

Sin saber lo que hacia y siguiendo solo el impulso de su agitado corazon, llegó hasta ella y estrechó su mano en silencio.

Mercedes correspondió con una mirada de gratitud á aquella mirada de simpatía, y dos lágrimas silenciosas rodaron por sus blancas mejillas.

—He venido á verla... he venido á verla, para suplicarla que me perdone... para...

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## OFRENDA Á LA VIRGEN.

En un lugar retirado, en el fondo de un bosque de Perdie, se encuentra una capilla antigua consagrada á Maria. Al pié de una Imágen suya de modesta apariencia, sobre unos escalones gastados, se vé al débil y enfermo pedir la salud, al pobre y al afligido el socorro y el consuelo. La Virgen Santísima no deja defraudados nunca á los que de veras la invocan: así que innumerables prendas; recuerdos de otros tantos milagros, decoran los muros del santuario, y todos los años algun presente nuevo atestigua que alguna nueva gracia ha descendido á aquel bendito suelo.

Para mí, las prendas de gratitud en que se ven trenzadas blondas de una cabellera de niño, me recuerdan que aquel es el presente de una madre, un sacrificio, al mismo tiempo que una ofrenda: así es que me agita la curiosidad de saber por qué una pobre madre había ofrecido una prenda semejante. Atended, y vereis lo que se cuenta por el país.

Después de la guerra con España, en 1811 volvió un soldado por aquellos lugares. La alegría de su anciano padre fué grande, porque el jóven llevaba en su pecho la insignia del honor. La alegría de su madre fué aún mayor si cabe, por que venia sano y salvo después de tantos combates. Para festejar al recién venido se mató al buey mas gordo: parientes, amigos, vecinos, todos tomaron parte en el festin de llegada, y celebraron la bienvenida del mozo todos los del lugar. Parecía sin embargo extraño al contento de la familia: recibía con frialdad las sinceras muestras de cariño de los suyos: su alegría ponía su frente mas arrugada, y alguna vez que otra cruzó por sus labios una amarga sonrisa. «Se ha vuelto muy esquivo», decían los habitantes del lugar, y se alejaban... «Es desgraciado» decía la madre, y lloraba. El padre no hacia mas que observarle.

Pasaron algunos dias, y nuestro soldado rehuía la compañía de los amigos de su infancia; se le veía vagar lejos del lugar siempre triste y pensativo.

—Antonio, le dijo un día su padre, la ociosidad es mala: crecen malas yerbas en la tierra inculta; toma el arado, y ellas desaparecerán; el trabajo cortará ese tedio de raíz.

Antonio trabajó: bien pronto se convirtió en el labrador más laborioso del lugar, pero no volvió á lo que fué en otro tiempo, cuando siempre estaba feliz y contento. En vano cantaba la alondra al rededor de su cabeza; á él nunca se le oía cantar: en vano la primavera le dio esperanzas y el estío le colmó de mieses; Antonio sembró sin esperanza y recogió sin gozo. Como su madre decía muy bien, era desgraciado. ¿De dónde provenía esta desgracia? Este era el secreto del jóven, y nadie se atrevía á interrogarles; sólo se observaba que no entraba nunca en la iglesia, y que los dias de fiesta su tristeza era mas profunda.

—Hijo mio, le dijo un día su padre, no es bueno que el hombre viva solo. No pasará mucho tiempo sin que tu madre y yo te abandonemos, porque la muerte vendrá á la puerta de nuestras chozas y no tardará en llamarnos. Para que nos sea posible ver la muerte sin pesar, es preciso que te dejemos dichoso con una compañera.

Antonio meneó la cabeza tristemente.

—Hijo mio, continuó el padre, nuestra ancianidad necesita de apoyo; tú me has aliviado en el trabajo del campo; asegurarás, pues, á tus viejos padres todos los cuidados de una hija si consientes en casarte.

—Todo sea para vos, respondió el jóven; arreglado todo, buscad á vuestra hija, pero no me habéis de felicitar.

—¡Oh! si ¡pudiera casarse con Genoveva! dijo, llorando la pobre madre. Con este ángel vendría la bendición de Dios y la dicha á esta casa.

(Continuará)

R. P.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Muy bien, hijo mío, has cumplido con el deber de un niño bueno y caritativo; has visitado al enfermo, has socorrido su miseria, y estoy cierta que el ángel de tu guarda se mostrará lleno de alegría al escribir en el libro de tu vida, las acciones que has practicado hoy.

Estas palabras decía la Marquesa de la Fé, estrechando contra su corazón á Julio, su hermoso nieto, y besando su frente, en que la bondad y el candor tenían asiento.

—Pero ¿a que no adivinas, abuelita, la causa de las desgracias de esa infeliz mujer, á quien me has aconsejado socorrer y á la que visité ayer inspirado por tí?

—Yo, hijo mío, no la conozco: la he visto alguna vez sentada á la puerta de la iglesia, y he puesto en su mano una limosna: ¿cómo quieres, pues, que sepa...?

—Dices bien, abuela, pero yo que anoche pasé algún tiempo á su lado y me hice casi su amigo, he podido comprender una vez más las verdades que encierran tus lecciones, y la enseñanza que te has propuesto dermar en nuestros corazones.

—Explicate.

—Andrea y su madre, deben su infortunio á la usura.

—¿Es posible!

—Sí; ella misma me ha contado su historia, bien corta, pero bien triste por cierto. Antes no eran pobres, poseían una fortuna corta, pero suficiente para vivir con ella en una honrada medianía.

—¿De veras?

—¡Oh! sí; los infelices no son de este pueblo, son de una aldeita vecina, pero al verse arrojados de su casa sin hacienda, sin hogar, y sobre todo, sin tener quien los amparase, se vinieron aquí reducidos á pedir una limosna para vivir.

—Es preciso socorrerlos! ¡pobres criaturas! si yo hubiese sabido....

—El médico dice, que pronto se mejorará, si es que pueden hacerse los remedios que él ha mandado.

—¡Oh! entonces...

—La pobre quería venir á darte las gracias, luego que supo cuanto ibas á hacer por ella, y yo le dije á Andrea, que si tal era su empeño, yo iría esta tarde á su casa y apoyada en mi brazo podría su madre llegar hasta aquí.

—¿Lo has consultado con el médico?

—Sí, abuelita, y dice que esto lejos de perjudicarla, la hará algún bien, pues lo peor que tiene es la falta de alimento y la tristeza que consume su espíritu, al verse metida en aquel tugurio.

—Entonces, hijo mío, trae á la pobre Mariana, y si ella misma puede contarnos su historia, esto servirá para que nuestros amigos vean por sus propios ojos los efectos de esa culpa, que yo les quiero hacer aborrecer.

—¡Oh! pues no tengas cuidado, que Mariana te dejará satisfecha.

—En horabuena: ve á buscarla; que Juan el guardabosques te acompañe, y entre los dos podéis conducirla sin trabajo.

—Y Andrea también vendrá, ¿es cierto?

—Sí; que esté al lado de Anita y de tu hermana; las tres son casi de una misma edad y se avendrán perfectamente. Y á propósito, has ido esta mañana casa de Lorenzo?

—Mi primer cuidado fué verle.

—¿Como está?

—¡Oh! loco de gozo! con la pension que tú le has señalado nada le falta: da la mitad de ella á José, en cuya casa come ya todos los días, y con lo demás atiende á sus otros pequeños gastos; luego, como Anita es tan buena, como es tan dulce y amable, le acompaña todas las noches, y arregla el cuarto del pobre viejecito que es un primor. De este modo, Lorenzo vive todo lo feliz que puede ser en este mundo, gracias á tí, que eres tan buena y tan compasiva.

—No, hijomío, no: gracias solo á Aquel de quien todo bien y toda buena idea emana. Pero; mira, ya creo que se acerca Rosa, á quien he mandado á buscar, y con quien tengo que hablar algunos instantes. En tanto que vienen nuestros amigos, déjame sola con ella, Julio mío, y ve á cumplir mi encargo, conduciendo hasta aquí á la pobre mendiga, hijo mío, Dios haga que podamos calmar algunos dolores y repartir en torno nuestro alguna felicidad!

Julio salió contento y satisfecho, por que la Marquesa le confiaba aquella misión, creyéndose ya un hombre de provecho.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.